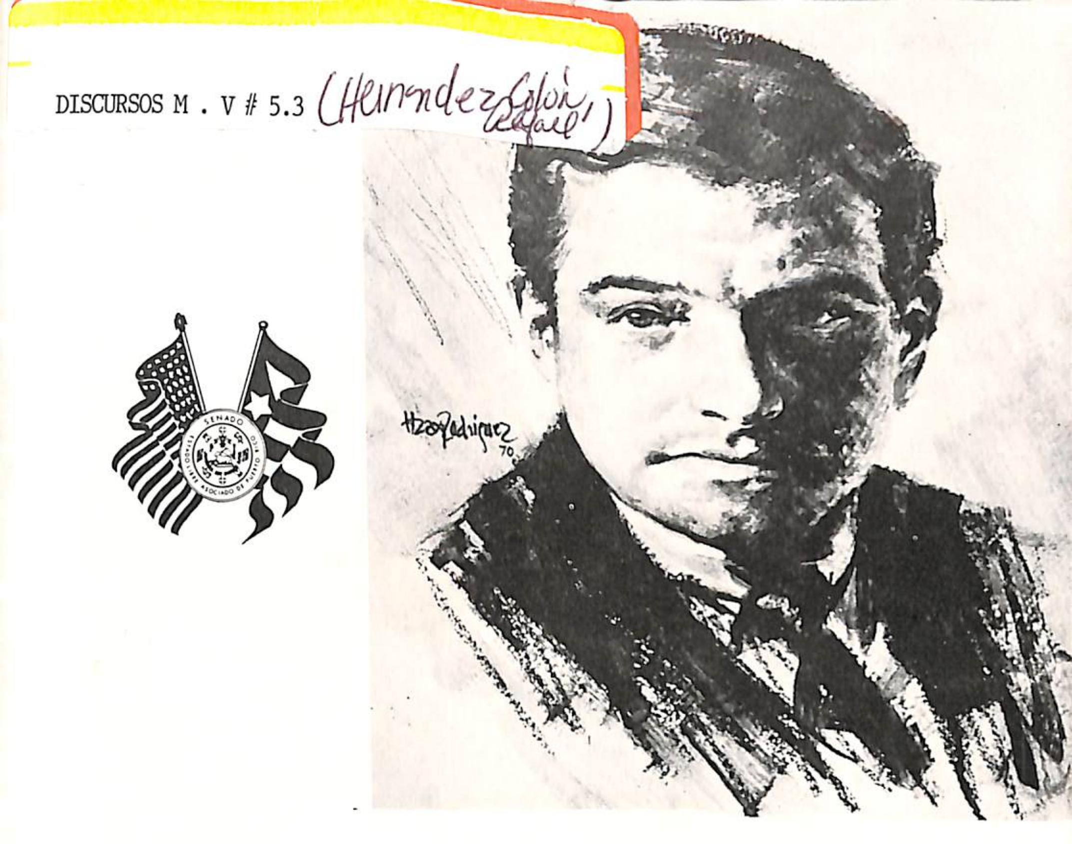


DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL SENADO

HON. RAFAEL HERNANDEZ COLON

EN EL HOMENAJE QUE SE LE RINDIERA
EL 20 DE JUNIO DE 1970
EN EL HOTEL SAN JUAN



PRESENTACION

por Roberto Rexach Benítez

Me siento profundamente honrado con la invitación que se me ha hecho de presentar en este acto a mi buen amigo y compañero Rafael Hernández Colón. Me siento honrado, porque Rafael representa lo que más falta hace en el desconcertado mundo que es hoy Puerto Rico; representa un firme y claro sentido de propósito. Esto, el sentido de propósito, le permite a un hombre y a un pueblo auparse sobre la confusión de las experiencias y exigencias de cada día; le permite auparse sobre eso para mirar más allá y buscarle una proyección, un rumbo, un cauce a la vida personal y a la vida colectiva de su pueblo.

En los tiempos que vive Puerto Rico, ese afán de proyección constituye una rareza. Nuestro panorama parece estar dominado por hombres que viven de día a día, que no pueden sustraerse al vaivén de los reclamos de sus intereses personales y de los intereses conflictivos de pequeños grupos. Esos hombres son prisioneros de su existencia cotidiana, y su visión de futuro no rebasa el día de mañana. Es en manos de hombres de tan angostas perspectivas, desgraciadamente, que

hoy se halla el destino de la comunidad puertorriqueña.

Sería injusto atribuírle la falta de propósito colectivo que aquí advertimos a una maldad o una perversidad de los gobernantes puertorriqueños de hoy. Ninguno de ellos quiere el mal para su propio pueblo. Así pues, nuestros males presentes y los graves errores que aquí se han cometido en los pasados meses responden a otras causas. Responden principalmente al signo bajo el cual se gestó y nació la nueva administración del país. En 1968 la comunidad puertorriqueña ciertamente institucionalizó el "NO" como estilo electoral. Y ese desconcertante y negativo estilo, tan mal interpretado desde entonces en el sentido positivo de un mandato, ha dado el tono a la vida puertorriqueña del pasado año y medio: protestas, violencia, agresiones físicas y verbales, representaciones concretas todas ellas del "NO" colectivo de 1968. Curiosa y trágicamente, esta falta de propósito que hoy vemos se produce 30 años después de los puertorriqueños habernos iniciado en una ruta de progreso trazada por un hombre de clara visión, de firmes propósitos; por un hombre que supo auparse sobre la mediocridad y las pequeñeces de los años '30 para buscarle cauce a su país; por un hombre de la calidad humana de Don Luis Muñoz Marín.

Ahora, la comunidad puertorriqueña necesita encontrar nuevamente su cauce; el cauce natural y normal de su historia. Atravesamos hoy por el período de indecisión que separa a un ciclo histórico de otro. Nuestro presente es una breve pausa de vacilación, de titubeo, de desconcierto, que separa dos eras de grandes realizaciones.

Toda era de gran realización necesita, para que pueda darse, que el hombre haga acopio de su indignación frente a las injusticias que denigran su mundo; frente a las desigualdades que desdoran su humanidad: necesita que el hombre trascienda los pequeños orgullos y apetencias y rencores personales que menoscaban su existencia. Eso hicieron nuestros padres y abuelos en 1938, cuando, inspirados por Don Luis Muñoz Marín, sentaron las bases de nuestra civilización presente y construyeron el edificio de la

democracia puertorriqueña de hoy, creando de paso lo que hasta ahora ha sido el momento más feliz, la era dorada de nuestra historia de pueblo.

Esa misma indignación colectiva se palpa otra vez en nuestros días: no se necesita ser observador experto para advertir su presencia en torno nuestro. Esa indignación es el preludio de otra era de grandes posibilidades, de grandes realizaciones. Es el preludio de otra era cuya gestación contemplamos con ojos optimistas, y que habrá de iniciarse pronto, llevando a Puerto Rico a las fronteras civilizatorias del siglo XXI.

Es bajo ese signo de optimismo y de esperanza en el porvenir que hoy nos reunimos aquí para homenajear a Rafael Hernández Colón. Su desempeño como Presidente del Senado ha sido extraordinario, y ello en un momento en que el país atraviesa por una de las situaciones más difíciles y críticas de su historia, un momento de confusión y desconcierto colectivos. A la garantía de liderato firme, efectivo y responsable que Rafael representa, al sentido de propósito que ha visto para su pueblo, es fundamentalmente a lo que hoy rendimos homenaje.

Juntos Rafael y yo hemos atravesado situaciones difíciles dentro del Partido a que ambos pertenecemos. En situaciones críticas, los hombres son transparentes, puede vérseles por dentro. Yo he mirado el alma de Rafael Hernández Colón. En ella he visto las virtudes que todos ustedes conocen tan bien, o mejor que yo: inteligencia, combatividad, laboriosidad, desprendimiento. He visto un hombre de valor, que no se arredra ante nada; un hombre dispuesto a sacrificarlo todo por lo que considera bueno y justo para su país.

Pero he visto más: he visto a un hombre a quien su pueblo pone una honda en la mano, diciéndole, "¡Enfréntate al gigante de la adversidad! " Y he visto a Rafael aceptar el reto con una gran humildad: sin pensar en su persona, sin pensar en su carrera, sin pensar en su suerte, sin pensar en ninguna de las cosas que atan al hombre a la mediocridad. Lo he visto aceptar el reto pensando sólo que ese es su deber patriótico.

A todo esto, a su inteligencia, a su firme liderato, a su sentido de propósito, a su vigoroso patriotismo, a todo esto es a lo que hoy rendimos homenaje. Yo me honro en presentar ante ustedes a un símbolo auténtico de la segunda era de grandes realizaciones, de inmesas posibilidades, hacia la cual los puertorriqueños nos encaminamos con paso decidido y con voluntad firme.

Les presento a Rafael Hernández Colón.


EL
SAN JUAN

DISCURSO

de Rafael Hernández Colón

Permítanme, primero, dar las gracias al Profesor Rexach Benítez por sus palabras de presentación; al Comité Organizador, por sus esfuerzos generosos en la organización de este acto; a todos ustedes aquí presentes, por su bondadosa asistencia, a Luis Vigoreaux y a los artistas puertorriqueños colaborando en el programa; y también a todos los puertorriqueños que están presenciando el acto por medio de la televisión. Reciban todos mi más sincero y humilde agradecimiento y un estrecho abrazo de solidaridad patriótica y fraternal.

Compatriotas:

El momento histórico que vivimos es revolucionario. Nadie puede prever con claridad a dónde nos conducirá. Nada tiene mayor importancia para nosotros, que entender la naturaleza de ese fenómeno, de modo que el cambio social que inevitablemente vendrá, sea constructivo y pacífico. De lo contrario, si no lo entendemos y lo guiamos, será un cambio violento y destructor.

El fermento revolucionario de estos tiempos no es un fenómeno exclusivo de Puerto Rico. Está presente aún con mayor intensidad en los Estados Unidos y prácticamente en todas partes del mundo. Al comenzar la década del '70, la mirada del mundo se fija especialmente sobre los Estados Unidos, a la vez con preocupación y con esperanza. Los Estados Unidos, el pilar de la estabilidad en un mundo inestable, atraviesan ahora una crisis interna que el Hon. Earl Warren, ex Presidente del Tribunal Supremo Federal, ha calificado como la mayor entre cualquiera que pudieran recordar las generaciones que actualmente viven.

Enfocando la situación de Puerto Rico y la de los Estados Unidos, yo someto ante ustedes esta noche lo siguiente:

1) Que existe un paralelo extraordinario entre el deterioro político en los Estados Unidos y en Puerto Rico.

2) Que en ambos casos, está causado primariamente por serias limitaciones del liderato político a cargo del gobierno.

3) Que en los Estados Unidos, esto ha conducido ya a una crisis nacional, y que en Puerto Rico, está conduciendo progresivamente a una crisis similar.

4) Que en Puerto Rico, se están estableciendo las bases para esta crisis, con el movimiento hacia la derecha del partido de gobierno, con su apelación a la demagogia, y con su enajenación progresiva de la juventud puertorriqueña.

5) Que el compromiso del presente gobierno a corto o a largo plazo con la estadidad federada, está socavando el programa de Fomento y es la razón principal para la baja alarmante en las promociones industriales.

6) Que en vista de la bancarrota de ideas de un gobierno que faltándole dos años y medio para terminar su gestión, anuncia que ya ha cumplido sus compromisos con el pueblo, tenemos que movilizarnos y agruparnos:

—Para encauzar el fermento revolucionario existente—

—Para unir firmemente a nuestro pueblo—

—Para llevar a cabo una segunda y más profunda transformación de Puerto Rico—

—Para superar cuanto nuestro pueblo ha logrado en su progreso, en su justicia, en su autonomía, y en su proyección espiritual y cultural.

Permítanme, ahora, exponer mis fundamentos para las conclusiones que acabo de enumerar.

El paralelo entre la política en Puerto Rico y la política a nivel federal, ha sido evidente desde las pasadas elecciones. Durante la campaña, el Gobernador Ferré fué presentado al pueblo, al igual que el candidato presidencial en los Estados Unidos, no como conservador, sino como un hombre de centro, receptivo a ideas liberales. Sin embargo, desde entonces a esta parte, tanto en los Estados Unidos como en Puerto Rico, hemos presenciado una eliminación sistemática

de los liberales con influencia en el gobierno. En Wáshington, vimos la repetida humillación y finalmente la remoción del Secretario de Bienestar, Finch, y de otros liberales. Sus voces no eran escuchadas, mientras se acogían cada vez más los consejos del Secretario de Justicia Mitchell y del Vice Presidente Agnew. A pesar de las promesas de campaña para unificar la Nación, la administración republicana en los Estados Unidos se ha movido hacia la derecha, asumiendo posiciones altamente conservadoras, en los issues principales.

Recientemente presenciamos la primera etapa de este fenómeno en Puerto Rico, con la humillación de una persona joven que asumió la bandera del liberalismo dentro del partido de gobierno. La demostración fue tan cruda que no debe quedar duda de que el ala militarista-conservadora está en control de ese partido.

Por otra parte, hemos presenciado un espectáculo poco edificante integrado por una serie de actos de manifiesta demagogia por personas en posiciones de responsabilidad dentro del gobierno. Hemos escuchado acusaciones de que el ex Gobernador de Puerto Rico, el Honorable Luis Muñoz Marín, a quien todos le debemos tanto, se comprometió a vender la isla de Culebra a la Marina. Cuando esta acusación era objeto del ridículo público, sonó otra voz novoprogresista que acusaba al Senado de Puerto Rico de haberse entregado a Moscú. Y cuando el Gobernador Ferré regresó de Wáshington, recitando la línea oficial que la invasión de Camboya era una cosa buena, aquéllos que no han estado de acuerdo se han convertido en traidores, por lo menos para el ala militarista-conservadora del partido de gobierno.

Lo que nos preocupa de esta serie de acusaciones irresponsables no es, que sean tomadas en serio, sino que han revelado la falta de un liderato firme y de altura en La Fortaleza. El caso de Culebra es el más elocuente de todos. El Representante Hernán Padilla inicia el ataque crudo y callejero contra la oposición. El Gobernador vacilante asume posiciones pendulares sobre los planes de la Marina. El liderato novoprogresista formula diversas presentaciones en las vistas congresionales. Y, finalmente, el Gobernador,

increíblemente, se ausenta de esas vistas para completar el cuadro de confusión e incertidumbre del liderato que rige nuestros destinos.

Mis queridos compatriotas: La única forma de resolver definitivamente el caso de Culebra era y es que se deje sentir en Wáshington la voz del pueblo de Puerto Rico, en defensa de los culebrenses. Ninguna voz más fuerte para hablar a nombre de todo el país que la voz de su Gobernador. Esa voz ya estuvo ausente, en la hora de la verdad. ¿Continuará ausente?

Esperemos que no, porque de otro modo no habrá solución posible para Culebra. Y pensando en términos de deterioro político, esta manera de gobernar es precisamente lo que nos condena a sufrir una cadena interminable de Padillas y Calderones tratando en vano de llenar el vacío político que deja la gobernación, cuando no se asumen posiciones y se ejerce un liderato firme.

La situación se complica aún más con la bancarrota de ideas y programas. Esto deteriora más todavía el ambiente político. Un gobierno que tiene confianza en sí mismo, equipado con buenos programas y enfoques visionarios, no tiene, ni el tiempo ni el deseo, de dedicarse a mercadear en demagogia. Un gobierno que sabe a dónde llevar al pueblo que le sigue, marcha adelante, confiado en su programa, seguro de su obra, con la fé puesta en la capacidad del pueblo para aquilatar el mérito de la tarea llevada a cabo. Esta clase de gobierno la vivió el pueblo de Puerto Rico durante 28 años; y ahora recuerda con nostalgia, cuando un nuevo gobierno al que le faltan dos años y medio para terminar su gestión, le dice al pueblo que ya ha cumplido su programa.

Pero eso no es todo, en Puerto Rico están ocurriendo cosas más serias. Me refiero ahora a la situación de Fomento. Se ha tratado de imputar la baja alarmante que ha ocurrido en las promociones industriales a la inflación, a las medidas que se han tomado para combatirla y a la tendencia al receso. No hay duda que estos factores han tenido cierto efecto. Pero yo someto a ustedes que la principal razón de lo que está ocurriendo con Puerto Rico, es la desconfianza creada en los

inversionistas por el compromiso de la administración del señor Ferré con la estadidad federada, y la consiguiente actitud de ambivalencia que mantiene ese gobierno hacia el programa de Fomento Económico.

Los siguientes datos lo comprueban: en los Estados Unidos, la inversión en plantas nuevas y en equipo continúa sólida, a pesar de la inflación y de las medidas tomadas para enfriar la economía. La inversión en plantas nuevas y en equipo nuevo aumentó en 1969, y los números del gobierno federal predicen un alza de 7.8 por ciento en 1970, para un récord de inversiones de $81,450 millones. En otras palabras, que a pesar de la inflación, no existe una buena razón económica para el abrupto descenso de las promociones de nuevas inversiones en Puerto Rico. Las verdaderas razones son administrativas y políticas. En lo administrativo, la desmoralización del personal de Fomento, que ha ocurrido bajo la administración del señor Ferré, es un factor contribuyente. Pero aún más fundamental, según se hace ahora más evidente, es que el hecho de que se anticipe que Puerto Rico se convierta en un Estado tiene un impacto profundo entre los inversionistas.

Muchos dan por sentada la extraordinaria industrialización y el desarrollo económico de Puerto Rico. Es fácil olvidar, sin embargo, que esto no ocurrió automáticamente. La industrialización de Puerto Rico fué un logro sin precedentes. Una jornada esplendorosa, en reto abierto a los principios económicos tradicionalmente reconocidos.

Ahora, más que nunca, es vital comprender con claridad los factores que condujeron a este éxito extraordinario. Bien nos vale a todos recordar la famosa observación de Santayana, cuando señaló que "aquéllos que no pueden recordar el pasado, están condenados a repetirlo".

El alza dramática en el ingreso per cápita de Puerto Rico desde $121.00 en 1940 a $1,234.00 en 1969 no hubiera sido posible sin una combinación de tres factores.

1) La extraordinaria calidad del liderato y la visión de Luis Muñoz Marín, mediante el cual unió, inspiró y movilizó a nuestro pueblo a una gesta épica contra la adversidad más

grande.

2) A los logros brillantes de sus colaboradores en la parte económica del gobierno: notablemente Teodoro Moscoso, Guillermo Rodríguez, Rafael Durand y Rafael Picó, quienes, con el respaldo de cientos de dedicados servidores públicos, realizaron maravillas de promoción para traer industrias e inversiones a Puerto Rico.

3) Pero ninguno de estos dos factores anteriores, por esenciales que fueron, pudo haber triunfado sin el tercer factor, que fue, que las industrias que se establecen en Puerto Rico bajo el Estado Libre Asociado no tienen que pagar contribuciones al gobierno federal, y, por tanto, podemos darles exención contributiva total, lo que resulta imposible bajo la estadidad. Hoy, el compromiso de la administración con la estadidad, está ahuyentando a los inversionistas que, bajo la seguridad que ofrece el Estado Libre Asociado, estarían creando nuevos empleos y nuevas oportunidades de progreso y bienestar para los puertorriqueños.

Yo me pregunto si es que a Ferré, Gobernador, lo mueve, arrebatadamente, su pasión por la estadidad, sin ninguna otra consideración. Si es incapaz de confrontarse, cara a cara, con las realidades que estamos viviendo. Porque es un hecho que la sola posibilidad de una estadidad está amenazando con destruir la fructífera labor de muchos años, llevada a cabo por Fomento. Y, la amenaza a Fomento, a la sangre misma que da vida a nuestra economía, es una amenaza para cada puertorriqueño.

Pero, eso tampoco es todo. Uno de los más grandes fracasos de la presente administración de Puerto Rico, que coincide también con el mismo fracaso de la administración republicana de los Estados Unidos, es que no han logrado el respaldo de la juventud, y, en particular, de los jóvenes más brillantes, de los más idealistas, de los más preparados. Esto es grave en los Estados Unidos. Pero es aún más grave en Puerto Rico porque los Estados Unidos son intrínsecamente ricos y pueden derrochar algunos recursos sin grave daño inmediato a sí mismos, pero para Puerto Rico, que es intrínsecamente pobre, nuestro único recurso es el recurso

humano. Puerto Rico no puede gastarse el lujo de que el talento y la energía de nuestra juventud más prometedora se pierdan en resentimientos y frustraciones, por causa de un liderato político falto de imaginación. En los Estados Unidos, un número alarmante de jóvenes ha llegado a tal estado de rebelión contra la administración del Presidente Nixon, que han comenzado a atacar las propias instituciones de gobierno. Para ellos, estas instituciones no responden a los imperativos genuinamente democráticos. Su grado de frustración con el presente liderato político es tal que no ven otra salvación que no sea la de cambiar el sistema por sí mismos.

Hay contrastes históricos que, aunque dolorosos, conviene recordarlos. Cuando murió el Presidente Kennedy, miles de jóvenes en los Estados Unidos manejaron sus automóviles por carreteras cubiertas de hielo, algunos sin dormir durante varios días, para asistir a los funerales del Presidente en Wáshington. Cientos de ellos, envueltos en capas enceradas, durmieron sobre la nieve, en una temporada bajo cero, a lo largo de la avenida, por la cual se conduciría el féretro, para rendir su último tributo al joven Presidente, con quien instintivamente sentían una identificación profunda. Y allí rodaron lágrimas jóvenes, llenas de compasión por esta trágica muerte.

Esta primavera, miles de jóvenes también fueron a Wáshington, no para honrar a su Presidente, sino para tratar desesperadamente de comunicarse con él. No tuvieron éxito. Aún aquéllos que hablaron personalmente con el Presidente, se manifestaron decepcionados porque ni siquiera entendía lo que ellos le estaban diciendo. Esto es una tragedia y es un serio peligro para el futuro.

Obviamente, existen paralelos alarmantes en Puerto Rico. Cualquier persona de sensibilidad sabe que nuestra juventud más prometedora está siendo enajenada progresivamente de nuestra sociedad. Muchos se han desvinculado del Puerto Rico real y viven en un mundo aparte.

Esta actitud de nuestra juventud presenta uno de los retos más formidables que pueda confrontar liderato político alguno. Los jóvenes más prometedores, mejor preparados en

la historia del país representan para nosotros un recurso indispensable para desarrollar a Puerto Rico económica, política y culturalmente. Sin ellos, sin su talento, sin su idealismo, sin su generosidad y sinceridad, sin sus energías, tenemos muy pocas oportunidades de mantener el progreso que hemos logrado, sin pensar siquiera en nuestras aspiraciones.

Pero es evidente que al igual que en los Estados Unidos, el liderato político a cargo de los destinos de Puerto Rico, no puede aspirar a guiar nuestros jóvenes, no puede siquiera reconciliarlos con la sociedad para realizar una función constructiva, y, ciertamente, no puede ni podrá jamás, inspirarlos para enfrentarse a los grandes retos que presenta la sociedad puertorriqueña contemporánea.

Y queda tanto por hacer en Puerto Rico, para lo cual necesitamos la ayuda indispensable de nuestra juventud. Hay tantos puertorriqueños que aún viven en la pobreza.

Hay tantos otros que viven marginados, muy por debajo de lo que son capaces de lograr. Nuestro sistema educativo necesita una transfusión masiva, no sólo de dinero, sino también de sangre nueva, de talento nuevo, de nuevos ideales y de nueva dedicación. Todos estos y muchos otros retos pueden superarse si movilizamos nuestro mejor talento al servicio de nuestro pueblo. Ninguno de estos retos podrá superarse, si el liderato del país permanece en hombres cansados, sin deseos de emprender nuevos rumbos, aferrados a enfoques gastados que pertenecen al pasado.

Ante nosotros se abre un nuevo panorama con un nuevo reto revolucionario. Es un reto que tenemos que aceptar y vencer o nos habrá de destruir. No hay razón alguna para temer a esta revolución, si la entendemos y la guiamos. Si así lo hacemos, se abrirán nuevas perspectivas, nuevas esperanzas, nuevas realidades para cada puertorriqueño. Pero,

—Si nuestro gobierno insiste en seguir su instinto profundo de moverse hacia la derecha—

—Si continúa dedicándose al ataque demagógico a expensas de un gobierno digno y respetable—

—Si continúa tomando riesgos con el programa de

Fomento a expensas del bienestar de cada puertorriqueño—

—Si continúa enajenando a la juventud puertorriqueña— entonces, entraremos de lleno a un período de conflictos profundos y de luchas internas. Los únicos que saldrán ganando en este caso serán los elementos más irresponsables de nuestra sociedad.

No hay tiempo que perder para movilizar nuestros recursos espirituales y políticos hacia una nueva y más profunda transformación de Puerto Rico. Esto sólo puede llevarse a cabo si tenemos un liderato responsable, sensible, y unificante. Un liderato genuinamente dedicado a terminar la pobreza; a representar a todo el pueblo de Puerto Rico; y a proyectar el camino relevante para que nuestra juventud empeñe su idealismo y dedique sus energías a construir el nuevo Puerto Rico.

Todos mis esfuerzos están comprometidos con la realización de estos propósitos. Y, con humildad les pido, aquí y ahora a ustedes, y al pueblo de Puerto Rico, que me den su ayuda y que me acompañen a emprender, desde este momento, nuestra lucha para guiar el fermento revolucionario de nuestros tiempos hacia una segunda transformación pacífica, pero profunda en justicia y grande en prosperidad para todos los puertorriqueños.

Esta lucha que tenemos por delante merece nuestros mejores esfuerzos y toda nuestra dedicación. Para lograr el triunfo tenemos que combinar la experiencia de los mayores y el fuego ardiente de la juventud. Si tenemos unidad y trabajamos sin desmayo, la meta estará a nuestro alcance.



CLAUSURA

por Luis Muñoz Marín

Amigas y Amigos: Yo no creo que yo pueda añadirle nada de acierto a la verdad del tiempo que vivimos ni de inspiración para nuestra lucha, para nuestro deber de lucha en ese tiempo, nada puedo agregarle a las palabras sencillas, hondas, sabias y dedicadas del Presidente de mi Partido, Rafael Hernández Colón.

Yo soy Presidente Honorario de este acto, y los presidentes honorarios no presiden, me han puesto en el uso de la palabra y soy un orador honorario, los oradores honorarios no hablan. Yo quiero solamente aprovechar la insistencia de mi compañero Marcano, la buena voluntad de ustedes para expresarles lo hondamente feliz que me hace sentir a mí, estar entre tanta buena gente, entre tantos buenos compañeros de las grandes peleas por un Puerto Rico cada día mas digno del pueblo que lo compone.

El homenaje de esta noche es en realidad, un homenaje a toda la gente joven de Puerto Rico dado en la persona del Presidente del Senado, del Presidente del Partido Popular Democrático, que con su juventud y con su elocuencia de

esta noche es representativo de esa juventud y a ella entera le dedicamos, estoy seguro en el corazón de todos nosotros y a través de Hernández Colón, este homenaje de esta noche.

Pero no sólo a la gente joven, a menos que hablemos de la gente joven de corazón, además de la gente joven por el número todavía no crecido de sus años. La gente joven de corazón, sean jóvenes de años o no, la gente revolucionaria, no le tengan miedo a la palabra, en Puerto Rico ha ocurrido desde hace 30 años hacia acá, una revolución grande y honda, y ha sido una revolución pacífica en términos de los votos de la democracia del pueblo de Puerto Rico.

Yo los saludo al expresarle una vez más mi satisfacción, mi felicidad en estar entre ustedes en un acto de tan grande significado como el de esta noche. Yo los saludo a todos en nombre de la gente que hizo la revolución pacífica y que están dispuestos a unirse a la gente joven que está en la vanguardia de la segunda revolución pacífica de Puerto Rico.

Y es en nombre de la unidad de todos los que comparten nuestro pensamiento y nuestra dedicación a lo que hay que hacer de grandeza y de profundidad por Puerto Rico, es a todos, a los que yo llamo a la Unidad, unidad de corazones, unidad de voluntades, unidad de los veteranos de la primera revolución con la vanguardia de la segunda revolución. UNIDAD Y VICTORIA. Muchas gracias.


SENADO
ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO

